

SERIE JUEGOS APARENTEMENTE INOFENSIVOS - 1

LA OCA



JOTA GONZÁLEZ

LA OCA

SERIE «JUEGOS APARENTEMENTE INOFENSIVOS» · 1

LA OCA

JOTA GONZÁLEZ

© 2026, Jota González (seudónimo)

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, nombres, empresas, marcas, partidos políticos, fundaciones e instituciones que aparecen son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es mera coincidencia.

Aunque en la narración se citen lugares o instituciones reales (como Madrid, sus barrios o el Gobierno de España), su tratamiento es puramente literario: las tramas, los cargos y las actuaciones que se les atribuyen son inventados. Nada de lo que aquí se cuenta está basado en hechos reales.

Contacto: info@jotagonzalez.eu · jotagonzalez.eu

«Preferiría no hacerlo.»

— Herman Melville, *Bartleby, el escribiente* (1853)

Prólogo

HOSTAL PALOMA, LAVAPIÉS — MARTES, 22 DE SEPTIEMBRE, 23:40

Gregorio Lastra llevaba treinta y un años contando el dinero de los demás, y aquella noche, por primera vez, tenía miedo de lo que había contado.

La habitación diecinueve del Hostal Paloma no estaba pensada para el miedo. Estaba pensada para turistas sin presupuesto y para viajeros de los que ya no quedaban: una cama de noventa con colcha de flores, un lavabo con un espejo picado en las esquinas, una mesilla con un cajón que no cerraba y, colgado sobre el cabecero, un cuadro de la Cibeles pintado por alguien que no había visto nunca la Cibeles. Por la ventana entraba el ruido de la calle del Ave María, un televisor de un bar a punto de cerrar, alguien que se reía en un idioma que Gregorio no sabía nombrar.

Había reservado tres noches pagando en efectivo. Le había parecido una precaución sensata y, al mismo tiempo, una tontería de película. Tenía cincuenta y nueve años, una hipoteca casi terminada en Moratalaz, una mujer que creía que estaba en un curso de formación en Valladolid y una nieta de cuatro años, Candela, que lo llamaba «abuelo Goyo» y le exigía, cada domingo, que silbara la de *La verbena de la Paloma* mientras ella bailaba

encima de sus zapatos. Era inspector de Hacienda. No era un hombre de hostales pagados en efectivo.

Pero había abierto una carpeta que no debía abrir.

Había empezado como empiezan esas cosas, con una cifra que no cuadraba en la contabilidad de una fundación cultural, de esas que nacen y mueren en un mismo ejercicio fiscal. Subvenciones públicas que entraban por una puerta y salían por otra, partidas de «servicios de consultoría digital» pagadas a sociedades que tenían su domicilio en un bajo vacío de Getafe. Gregorio había tirado del hilo con la paciencia de quien ha hecho eso mismo mil veces con fontaneros que no declaraban y dentistas que cobraban en negro. Solo que esta vez, al final del hilo, no había un dentista. Había un ministerio. Y, detrás del ministerio, una cuenta que pagaba pequeñas cantidades, cincuenta euros, cien, trescientos, a cientos de personas distintas, todas con algo en común: estaban endeudadas hasta las cejas.

No entendía para qué. Eso era lo que más le inquietaba. Uno entiende la corrupción cuando es avaricia. Lo que no se entiende da más miedo.

Había pedido el expediente a su superior el lunes por la mañana. El lunes por la tarde le habían cambiado la contraseña de acceso al sistema «por una incidencia técnica». El martes, un compañero con el que llevaba veinte años tomando el café de las diez le había dicho, sin mirarle, que tuviera cuidado con lo que tocaba, que había carpetas que quemaban. Esa misma tarde, Gregorio había metido en una mochila las copias que había hecho en papel, en la vieja fotocopiadora del pasillo que no dejaba rastro, y se había ido a un hostel de Lavapiés a esperar a que llegara el

jueves. El jueves tenía una cita con una periodista que hacía un pódcast sobre el dinero público. Le había parecido la única persona de Madrid que iba a querer escucharle.

La había oído por casualidad, un domingo, mientras Candela dormía la siesta en el sofá. Una voz ronca, sin prisa, que contaba con paciencia de maestra de escuela cómo una partida de los presupuestos podía cambiar de nombre tres veces en un año hasta que nadie sabía de dónde venía. No gritaba. No insultaba a nadie. Hacía preguntas, y las dejaba colgando en el aire como quien deja la puerta abierta para ver quién entra. Gregorio le había escrito un correo desde una cuenta nueva, sin firmar, con una sola frase: *Sé adónde va una parte del dinero, y no entiendo para qué*. Ella le había contestado en diez minutos.

Llamaron a la puerta a las doce menos diez.

Gregorio se quedó quieto, con la mochila en las rodillas. Volvieron a llamar, dos golpes suaves, educados.

—¿Señor Lastra? Me manda la recepción. Le traigo las toallas que pidió.

No había pedido toallas. Pero la voz era joven, casi de crío, con un temblor que no casaba con la frase, y Gregorio, que llevaba toda la vida distinguiendo a quien mentía por oficio de quien mentía por miedo, pensó que aquel chico mentía por miedo. Y uno no le cierra la puerta a un chico asustado. Fue la última cosa sensata que pensó, o la última insensata, nunca llegaría a saberlo.

Abrió.

El chico no traía toallas. Traía una gorra calada, unas ojeras de semanas y una botella pequeña de agua, de las de máquina, con el tapón ya abierto. No le amenazó ni le empujó. Le pidió perdón. Le

pidió perdón tres veces seguidas, muy rápido, antes de que Gregorio entendiera por qué, y luego todo fue muy rápido también: un pinchazo en el cuello que parecía la picadura de un insecto, un calor que le subía por el brazo izquierdo, el pecho que de pronto pesaba como una losa, la colcha de flores que se le acercaba a la cara.

Lo último que vio fue al chico arrodillado junto a la mesilla, con las manos temblando, dejando algo pequeño junto al vaso de agua. Y lo último que pensó, con una claridad absurda, fue en Candela bailando encima de sus zapatos, y en que el domingo nadie le iba a silbar la verbena.

Lo encontró la limpiadora a las once de la mañana siguiente. El médico forense tardó veinte minutos en firmar lo que se firma siempre en estos casos: varón de cincuenta y nueve años, sobrepeso, hipertensión tratada, parada cardíaca. La mochila no apareció. La familia dijo que no sabían qué hacía Gregorio en un hostel de Lavapiés si estaba en un curso en Valladolid, y aquella pregunta, que era la única que importaba, se quedó flotando en un pasillo de comisaría hasta que alguien la archivó con las demás.

Ni una autopsia completa. Ni una línea en los periódicos. Un funcionario que se muere en un hostel no es noticia; es una vergüenza que la familia prefiere callar.

En la mesilla, junto al vaso de agua a medio beber, quedó un dado de parchís. Amarillo, de los antiguos, con las esquinas gastadas y el cinco hacia arriba.

Nadie supo de dónde había salido.

1

HEMEROTECA MUNICIPAL, CONDE DUQUE — LUNES, 28 DE
SEPTIEMBRE, 8:55

Tomás Ledesma clasificaba a la gente nada más verla, igual que antes clasificaba los libros.

No lo hacía por maldad. Era una costumbre de veinte años de biblioteca, un músculo que se le había quedado entrenado y que ya no sabía cómo relajar. El hombre que esperaba en la puerta de la hemeroteca con un periódico doblado bajo el brazo era un 920, Biografías: venía cada lunes a buscar la esquila de alguien, siempre de alguien distinto, y nunca sonreía. La estudiante de la mochila verde era un 340, Derecho, con oposiciones en la cara. La señora del abrigo de piel era un 929, Genealogía: estaba convencida de que su bisabuelo había sido alguien y llevaba tres meses buscándolo en la prensa de 1910 sin encontrarlo.

Y él, Tomás, si alguien se hubiera molestado en clasificarlo, habría sido un 658.3, Gestión de personal. Un recurso. Un conserje subcontratado por una empresa de trabajo temporal que cobraba por horas para abrir puertas, encender luces, repartir llaves de taquilla y vigilar que nadie se llevara un periódico de 1934 metido en la carpeta.

—Buenos días, Tomás —le dijo Begoña, la bibliotecaria de sala, que sí tenía plaza fija y le trataba con una mezcla de cariño y lástima que él agradecía y le dolía a partes iguales.

—Buenos días, Begoña.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Ordenando —dijo él, y no mintió del todo.

Había pasado el sábado ordenando facturas. Las había puesto encima de la mesa de la cocina, en montones, por orden de urgencia, como habría ordenado una donación de libros: lo que hay que catalogar ya, lo que puede esperar, lo que no tiene arreglo. El montón de lo que no tenía arreglo era el más alto.

Abrió las puertas de la sala de lectura a las nueve en punto. Le gustaba ese momento, aunque nunca lo habría confesado: la luz entrando por los ventanales del antiguo cuartel, el olor a papel viejo y a cera, el silencio que todavía no era de nadie. Durante un minuto, solo un minuto, podía hacerse la ilusión de que seguía siendo bibliotecario.

Lo había sido veinte años. Veinte años en la biblioteca municipal de la calle de la Oca, en Carabanchel, un edificio de ladrillo con goteras en invierno y unas persianas que nunca bajaban del todo. Había llegado con veinticinco años y un título que en su casa nadie entendía para qué servía, y había hecho de aquella biblioteca de barrio un sitio donde los críos hacían los deberes porque en sus casas no había mesa, donde los jubilados leían el periódico gratis y donde, los martes por la tarde, él mismo montaba un club de juegos de mesa para mayores y pequeños. Oca, parchís, damas, el mus de los abuelos. Había enseñado a leer las reglas de un juego a niños que no sabían leer otra cosa. Le

parecía un trabajo importante. Le pagaban poco, pero le parecía importante.

Amparo, su mujer, nunca lo entendió del todo. Se había casado con él pensando que la biblioteca era un paso, una estación de tránsito hacia algo con mejor sueldo y menos goteras, y cuando comprendió que para Tomás la biblioteca no era un paso sino el sitio, se cansó despacio, sin aspavientos, como se cansan las personas educadas. Se fue hacía seis años a vivir con un aparejador de Alcorcón que tenía chalé con piscina. Le dejó el piso, la hipoteca y una nota en la nevera que decía *lo siento, de verdad*, y Tomás, que la había querido mucho, nunca supo si lo que ella sentía era haberse ido o haberse quedado tanto tiempo. No tuvieron hijos. A veces pensaba que había tenido cientos, los de la biblioteca, y que ninguno sabía su apellido.

Luego llegaron los de Ocaso Rojo con sus planes de «racionalización de servicios», y la biblioteca de la calle de la Oca pasó, en un mismo boletín, de servicio esencial a gasto prescindible. La cerraron un viernes de junio. A los funcionarios de plaza los reubicaron. A los interinos como él, que llevaban veinte años de interinidad encadenada porque nunca convocaban la oposición, les dieron las gracias por los servicios prestados y una carta con el membrete del Ayuntamiento. La carta estaba en el montón de lo que no tenía arreglo.

Tardó cuatro meses en encontrar algo. Lo encontró a través de una empresa de trabajo temporal que tenía la contrata de conserjería de varios edificios municipales. Le pagaban novecientos doce euros al mes por cuarenta horas semanales. La letra de su piso

de Vista Alegre era de seiscientos cuarenta. Las cuentas, que siempre se le habían dado bien, no daban.

A media mañana, entre una llave de taquilla y otra, se permitió mirar el móvil. Tenía un correo del banco. Lo abrió en el cuartillo de los carros, donde nadie le veía, y lo leyó dos veces, como leía de joven los avisos de oposiciones, buscando la frase que lo cambiara todo.

La frase estaba en el tercer párrafo, en negrita, y no cambiaba nada que él no supiera ya. Que el procedimiento de ejecución hipotecaria había concluido. Que, conforme a la nueva normativa de «agilización de lanzamientos», la diligencia se practicaría el martes 6 de octubre a las diez de la mañana. Que se rogaba a los ocupantes que dejaran la vivienda libre y expedita.

Libre y expedita. Tomás se quedó mirando la expresión como si fuera una errata.

Ocho días.

Guardó el móvil en el bolsillo del uniforme, salió del cuartillo y volvió a su mesa junto a la puerta. El hombre de las esquelas se marchaba ya, con el periódico doblado bajo el brazo. Al pasar a su lado le miró, por primera vez en meses, y le dijo:

—¿Se encuentra bien? Está usted blanco.

—Perfectamente —dijo Tomás—. Es la luz de aquí dentro.

El hombre asintió y salió. Tomás se quedó de pie junto a la puerta, con las manos a la espalda, y pensó, con su manía de clasificarlo todo, en qué número le correspondería a un hombre de cuarenta y cinco años al que le quedaban ocho días de casa. No encontró ninguno. La clasificación decimal tenía un sitio para todo lo que existía en el mundo, pero no tenía un sitio para eso.

2

BAR EL CRUCE, CARABANCHEL — MARTES, 29 DE SEPTIEMBRE, 18:30

Desde que cerraron la biblioteca, el club de los martes se reunía en el fondo del bar El Cruce, entre la máquina tragaperras y la puerta del almacén, en dos mesas de formica que Paco, el dueño, les dejaba juntar a cambio de que pidieran algo cada hora. Los críos ya no venían. Sus madres no los dejaban entrar en un bar, y hacían bien. Quedaban los mayores, que eran los que más necesitaban el club aunque ninguno lo habría admitido.

—Envido —dijo Anselmo, sin levantar la vista de las cartas.

—Quiero —contestó Remedios, que tenía ochenta y un años y jugaba al mus como si fuera a ganarse la vida con ello.

Anselmo Robledo tenía setenta y siete y era, de todos, el que mejor jugaba. Había sido jugador de mus en los casinos de media España cuando el mus todavía se jugaba por dinero en las trastiendas, y conservaba de aquella vida unas manos finas, una paciencia de cazador y una manera de no mover ni un músculo de la cara que ponía nerviosos a sus rivales. Era viudo, vivía solo en un piso pequeño de la calle Toboso y había sido el primer jubilado en apuntarse al club de la biblioteca, hacía doce años, y el último en dejar de ir cuando la cerraron. Fue él quien encontró El Cruce. Fue él quien convenció a Paco. Fue él, sobre todo, quien llamó a Tomás

un martes de julio y le dijo: «Si no vienes tú, esto se acaba, y si esto se acaba nos morimos todos un poco antes».

Tomás estaba a su lado, emparejado con él, con unas cartas que no miraba.

—Tomás —le dijo Anselmo en voz baja, cuando Remedios fue a por su vermú—, llevas tres manos pasando con treinta y una. Tú no pasas con treinta y una ni dormido.

—Estoy cansado.

—Estás cansado desde junio. Hoy estás otra cosa.

Tomás no contestó. Barajó las cartas, solo por tener algo que hacer con las manos, y las repartió con la precisión de siempre. Le gustaba barajar. Le gustaba el sonido. Le gustaba, sobre todo, que en una baraja hubiera exactamente cuarenta cartas, ni una más ni una menos, y que todo el mundo en la mesa lo supiera. Las reglas de los juegos eran de las pocas cosas que seguían siendo justas: valían igual para el que tenía dinero que para el que no.

En la otra mesa, Fulgencio y la señora Amalia jugaban a la oca con un tablero de cartón que Tomás había rescatado de la biblioteca antes del cierre, junto con media docena de juegos más que había ido sacando en bolsas del Día, un poco cada tarde, como quien saca a escondidas a la familia de un edificio en llamas. Técnicamente eran del Ayuntamiento. Técnicamente, el Ayuntamiento los iba a tirar.

—¡De oca a oca y tiro porque me toca! —canturreó la señora Amalia, moviendo su ficha verde.

—Tramposa —dijo Fulgencio—. Has contado mal.

—He contado perfectamente.

—Has contado siete y te ha salido un seis.

—Tomás, ¿cuánto me ha salido?

Tomás miró el dado desde su silla sin levantarse.

—Un seis, Amalia. Pero si estabas en la casilla cinco, con el seis llegas a la once, y en la once no hay oca. La siguiente oca es la catorce.

—¿Lo ves? —dijo Fulgencio, triunfal.

—Entonces te has comido el puente —siguió Tomás, sin darse cuenta de que hablaba más de lo que solía—. Con el seis, desde la cinco, si hubieras sacado un uno habrías caído en la seis, que es puente, y de puente a puente te ibas a la doce. Por eso todo el mundo cree que la seis es buena casilla. Pero en algunos tableros antiguos el puente obliga a pagar peaje, una ficha o una moneda, porque los puentes en la Edad Media se pagaban. Las reglas de la oca son más viejas que todos nosotros juntos, y casi nadie se las sabe enteras.

Se hizo un silencio pequeño en las dos mesas. La señora Amalia le miraba con la boca abierta.

—Hijo, qué cosas sabes.

—Las sé porque las leí —dijo Tomás, y se encogió de hombros—. No tiene mérito.

—Tiene el mérito de que nadie más las ha leído —dijo Anselmo.

Y se quedó mirándole un momento más de la cuenta, como miraba a los rivales en los casinos cuando intuía que tenían algo y todavía no sabía qué. Tomás conocía esa mirada. La había visto muchas veces desde el otro lado de la mesa, cuando Anselmo le enseñaba a leer las señas del mus: el guiño para los duples, el morro torcido para la treinta y una, la lengua asomada para los tres reyes.

«Las señas son una mentira que todos aceptan», le había dicho una vez. «Lo difícil no es mentir. Lo difícil es saber cuándo la mentira de los demás deja de ser parte del juego.» Tomás, que no sabía mentir, había aprendido las señas como quien aprende un idioma muerto: perfectamente, y sin esperanza de hablarlo nunca.

Jugaron otra hora. Ganaron una partida y perdieron dos, y a las ocho Remedios se fue a casa porque empezaba la novela, y Fulgencio se fue detrás para acompañarla aunque los dos sabían que ella no necesitaba compañía y que el que la necesitaba era él. Paco empezó a subir las sillas a las mesas. Tomás recogió el tablero de la oca, lo dobló con cuidado por sus pliegues gastados y lo metió en la caja junto con los dados y las seis fichas de colores. Contó las fichas, por costumbre. Seis. Las de siempre.

Anselmo esperó a que estuvieran en la calle, bajo la farola que parpadeaba desde el verano.

—Ahora me lo cuentas.

—No hay nada que contar.

—Tomás. —Anselmo se detuvo y le miró con esa cara de no mover un músculo que había hecho perder tanto dinero a tanta gente—. Llevo cincuenta años mirando a hombres que esconden una mala mano. Tú la escondes fatal.

Tomás se metió las manos en los bolsillos de la cazadora. Hacía fresco, el primer fresco del otoño, y olía a castañas asadas aunque no había ningún puesto a la vista. Pensó en mentir. Pensó en decir que era el trabajo, o la espalda, o la soledad, que era verdad también. Pensó en lo cómodo que sería que Anselmo le creyera.

Pero Anselmo no le iba a creer. Por eso era su amigo.

—Me echan del piso, Anselmo —dijo por fin—. El martes que viene.

3

HEMEROTECA MUNICIPAL, CONDE DUQUE — MIÉRCOLES, 30 DE
SEPTIEMBRE, 17:15

La mujer pidió los periódicos de 2019 a 2023, todos, y Tomás la clasificó como un 336, Hacienda pública, antes de que terminara de rellenar la papeleta.

Tenía unos cuarenta años, el pelo oscuro recogido con un lápiz atravesado y unas gafas de pasta que se subía con el dedo cada vez que algo no le cuadraba, que era a menudo. Llevaba una gabardina gastada en los codos y una bolsa de tela con el logo de una librería que había cerrado hacía años. Pidió los periódicos en papel, no en microfilm, y cuando Begoña le dijo que los de esos años estaban digitalizados y podía consultarlos en el ordenador, contestó con una sonrisa educada que los digitalizados a veces tenían huecos, y que los huecos eran precisamente lo que ella estaba buscando.

A Tomás le cayó bien al instante, que era algo que no le pasaba casi nunca.

Le tocó a él bajar al depósito a por los tomos encuadernados. Eran pesados, de los de lomo de tela verde, y subió cuatro en el carro haciendo dos viajes. Cuando los dejó sobre la mesa de la mujer, ella le dio las gracias sin levantar la vista, ya enfrascada en el

primero, pasando las páginas con una rapidez que solo tenían los que sabían exactamente lo que buscaban.

A las siete menos cuarto, cuando la sala estaba casi vacía, la mujer levantó la mano.

—Perdone. ¿Usted sabe si aquí guardan también los boletines oficiales de la Comunidad? Los de papel.

—Hasta 2015 sí. Después solo en digital.

—Vaya. —Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Y los digitales ya los he mirado. Les falta un suplemento entero. El del 14 de marzo de 2022. Desaparecido. Como si no hubiera existido nunca.

—Los suplementos a veces se publicaban aparte —dijo Tomás, que había pasado veinte años buscando cosas que la gente daba por perdidas—. En la biblioteca de la Asamblea tienen la colección completa en papel, encuadrada por años. No la tienen abierta al público, pero si un investigador lo pide por escrito y cita el número exacto, están obligados a enseñárselo.

La mujer le miró por primera vez. Le miró de verdad, de arriba abajo, el uniforme gris de la empresa, la tarjeta colgada del cuello con su nombre mal escrito, «Tomas Ledesma», sin tilde.

—Usted no es conserje.

—Ahora sí.

—Antes no.

—Antes era bibliotecario. En Carabanchel. La cerraron.

—La de la calle de la Oca —dijo ella, y a Tomás le dio un vuelco algo dentro—. Hice un programa sobre eso. Sobre los cierres. Usted no se acordará, pero le llamé para entrevistarle y no quiso.

Se acordaba. Había sido en julio, cuando todavía no se atrevía a contarle a nadie que no tenía trabajo, ni siquiera a sí mismo. Había

colgado el teléfono con una excusa torpe y se había pasado la tarde avergonzado.

—Lo siento —dijo.

—No lo sienta. Tenía todo el derecho. —Le tendió la mano por encima de los periódicos—. Marta Ibarra. Hago un pódcast que no escucha nadie sobre adónde va el dinero que nos quitan.

—Tomás Ledesma. Abro puertas.

Ella se rió. Tenía una risa ronca, de fumadora que lo había dejado, que no pegaba con la cara. Estuvieron hablando un rato largo, ella sentada, él de pie junto a la mesa porque el reglamento de la empresa le prohibía sentarse con los usuarios. Hablaron del suplemento desaparecido, de la manía de las administraciones de publicar las cosas incómodas en agosto, de lo fácil que era esconder algo en un boletín oficial: no hacía falta borrarlo, bastaba con ponerlo donde nadie lo buscara. Hablaron de libros. Ella estaba leyendo a Melville, a ratos, en el metro.

—*Bartleby, el escribiente* —dijo—. ¿Lo conoce?

—«Preferiría no hacerlo» —contestó Tomás.

—¡Eso! —Marta dio un golpecito en la mesa—. Me tiene obsesionada. Un hombre que trabaja en una oficina de Wall Street y un día, cuando le mandan hacer algo, dice que preferiría no hacerlo. Y ya está. No grita, no se rebela, no rompe nada. Solo se niega. Con educación. Y todo el sistema se vuelve loco porque no sabe qué hacer con alguien que, simplemente, prefiere no hacerlo. —Le miró con los ojos entornados detrás de las gafas—. Usted tiene un poco de Bartleby, ¿sabe?

—¿Yo?

—Colgándome el teléfono en julio. «Preferiría no hacerlo.» —
Se rió otra vez—. Es un cumplido. Ojalá hubiera más gente así.

—¿Y usted? —preguntó Tomás—. ¿Qué es lo que prefiere no hacer?

Marta tardó en contestar. Se quitó el lápiz del pelo, lo hizo girar entre los dedos, volvió a clavárselo en el moño.

—Callarme —dijo por fin—. Me echaron de un periódico de los grandes por no callarme. Me dijeron que mis temas no interesaban a la audiencia, que era una manera fina de decir que interesaban demasiado a quien pagaba la publicidad. Ahora grabo en el salón de mi casa con un micrófono de ochenta euros y me escuchan cuatro mil personas. Y le aseguro que esas cuatro mil personas molestan más que los dos millones de lectores que tenía antes. —Sonrió de lado—. Últimamente me llaman números que no conozco y cuelgan cuando contesto. Eso, en mi oficio, es que vas bien.

Lo dijo como un chiste. Tomás no supo si reírse.

A las ocho cerraban. Tomás tuvo que avisarla dos veces porque se le había ido el tiempo, y ella recogió sus cosas a toda prisa, metiendo papeles y bolígrafos en la bolsa de tela de la librería cerrada. Se despidió desde la puerta con la mano, prometiendo volver el lunes para hablarle de la biblioteca de la Asamblea, y desapareció escaleras abajo, hacia el frío de la calle del Conde Duque.

Tomás recorrió la sala apagando las lámparas verdes de las mesas, una a una, como cada noche. En la mesa de Marta, debajo del último tomo de 2023, encontró un cuaderno de tapas negras.

Lo abrió solo para buscar un teléfono al que llamar. No había teléfono. Había una lista de nombres escritos a mano, una docena, con fechas al lado. Algunos estaban tachados con una sola raya, limpia, como se tacha lo que ya está hecho.

Cerró el cuaderno enseguida, con la sensación incómoda de haber leído una carta ajena. Pensó en dejarlo en objetos perdidos, como mandaba el protocolo, en una bandeja de plástico donde se acumulaban paraguas, bufandas y una dentadura postiza que nadie había reclamado desde agosto. Pero no lo dejó. Lo guardó en el bolsillo interior del uniforme, junto a su pecho, y se dijo que se lo devolvería el lunes en mano, que un cuaderno así no se dejaba en una bandeja. No se preguntó por qué estaba tan seguro de eso. Echó la llave de la sala, apagó la última lámpara y, ya en el pasillo, volvió a abrirlo una sola vez, a la luz verde de la salida de emergencia, para mirar el último nombre.

No conocía ninguno de los nombres. Ni siquiera el último tachado de la lista, el que tenía la fecha más reciente, de hacía solo una semana: *G. Lastra*.

4

COMISARÍA DE DISTRITO CENTRO, CALLE LEGANITOS — JUEVES, 1 DE OCTUBRE, 10:20

El inspector Ramón Arévalo había aprendido hacía muchos años que los casos que le llegaban sin carpeta eran los que alguien quería que no tuvieran carpeta nunca.

El del Hostal Paloma le había llegado así: un folio grapado con el atestado de la patrulla, una fotocopia del certificado del forense y una nota adhesiva amarilla con la letra de la comisaria Peña. La nota decía: «Revisar y cerrar. Muerte natural. Gracias». Las gracias estaban subrayadas, que en el idioma de Andrea Peña significaba que no se las estaba dando.

Arévalo tenía cincuenta y cinco años, una úlcera que se negaba a tratarse con la constancia que le pedía el médico y una libreta de tapas de hule negro en el bolsillo interior de la americana. Era la libreta número cuarenta y tantos de su carrera; había perdido la cuenta exacta cuando le trasladaron de la Brigada de Delincuencia Económica a Homicidios de distrito, hacía ya ocho años, por un caso que nunca terminó de investigar. Escribía en ella con un portaminas, porque los bolígrafos se le secaban y las pantallas se le apagaban, y porque había descubierto que lo que uno escribe a

mano se queda dentro de una forma que no se queda lo que uno te clea.

Abrió la libreta por una página en blanco y escribió: *Gregorio Lastra, 59, inspector de Hacienda. Hostal. ¿Por qué un hostal?*

No era una gran pregunta. Era, simplemente, la que nadie se había hecho.

Leyó el atestado dos veces. La limpiadora lo encontró a las once. La habitación estaba ordenada, sin signos de violencia, la puerta cerrada pero sin el pestillo echado. El forense había apreciado «un pequeño hematoma en la región cervical izquierda compatible con roce contra el cabecero en la caída». La familia no había solicitado autopsia completa. El hombre había pagado tres noches en efectivo y había dicho en casa que estaba en un curso en Valladolid.

Arévalo subrayó *efectivo*. Subrayó *Valladolid*. Luego, después de pensarlo un momento, subrayó también *hematoma*.

En la última hoja del atestado, casi como una nota al pie, el agente que había hecho el inventario de la habitación había anotado los objetos encontrados en la mesilla: un vaso de agua, unas gafas de leer, un blíster de enalapril, un teléfono móvil sin batería. Y un dado. *Un dado de juego de mesa, de color amarillo*.

—Un dado —dijo Arévalo en voz alta, para nadie.

En la comisaría de Leganitos nadie le contestó, porque a esa hora de la mañana la sala de Homicidios estaba medio vacía: dos agentes al teléfono y un becario de la Escuela con cara de no haber dormido. Arévalo se quedó mirando la palabra «dado» con la misma expresión que ponía los domingos por la mañana ante el

crucigrama del periódico cuando le faltaba una sola palabra para terminarlo. Siete letras, horizontal. Algo que no encaja.

Le sonó el móvil. Era Pilar.

—¿Te acuerdas de que hoy es la reunión del colegio de Álvaro?

—Me acuerdo —mintió.

—A las seis. Y Carmen dice que si puedes pasar por la papelería a por cartulinas, que tiene un trabajo de ciencias.

—A las seis y cartulinas.

—Ramón. —La voz de Pilar cambió un poco, se hizo más baja—. ¿Estás bien? Anoche no dormiste.

—Es la úlcera.

—Es la úlcera desde hace ocho años.

Arévalo sonrió sin querer. Llevaban veintidós años casados. Se habían casado ya mayores, pasados los treinta, y los hijos llegaron más tarde todavía, cuando ya nadie los esperaba: Álvaro tenía ahora doce años y Carmen, nueve. A veces, en las reuniones del colegio, alguna madre joven le confundía con el abuelo. Él no la corregía. Le hacía gracia.

—Esta noche te cuento —dijo.

—Eso dices siempre.

—Y siempre cumplo.

—Siempre cumples a medias, que es distinto. —Pilar se rió—. Cartulinas, Ramón.

Colgó. Arévalo apuntó «cartulinas» en la última página de la libreta, la de las cosas de casa, y volvió a la primera. Estaba escribiendo *pedir inventario completo del hostel y cámaras de la calle* cuando sintió que alguien se le había parado detrás.

—¿Lo cierras ya o vas a hacerme perder la mañana? —dijo la comisaria Peña.

Andrea Peña tenía su misma edad, aunque se cuidaba como si tuviera diez años menos, y una carrera que había subido en vertical en los últimos dos años, desde que los de Ocaso Rojo llegaron al Gobierno y un ministro del Interior con pasado de juez empezó a colocar a gente de su confianza en los sitios que importaban. Tenía fama de dura, de ambiciosa y de no olvidar nunca un nombre. Arévalo no tenía nada personal contra ella. Simplemente, no se fiaba.

—Hay un hematoma en el cuello —dijo él.

—Hay un hombre de cincuenta y nueve años con hipertensión que se cae de una cama.

—Que paga en efectivo un hostel en Lavapiés mientras le dice a su mujer que está en Valladolid.

—Que tenía una amante, o una deuda, o una vergüenza. —Peña cruzó los brazos—. No es asunto nuestro, Ramón. La familia no quiere autopsia. Hacienda no quiere ruido. Y yo no quiero que la brigada pierda una semana en un infarto porque a ti te aburre la vida.

Arévalo cerró la libreta despacio.

—Hay un dado en la mesilla.

—Y a mí me han regalado un llavero de la Torre Eiffel. Los dos objetos tienen el mismo valor criminal. —Peña se dio la vuelta para irse, pero se detuvo—. Ah, una cosa. A partir del lunes no vas a estar solo. Te asigno compañera.

—No necesito compañera.

—No te lo estaba preguntando. —Peña sonrió, y fue la sonrisa más fría que Arévalo le había visto en ocho años—. Viene de Delitos Tecnológicos. Joven, rápida, de las que saben de ordenadores. Te vendrá bien alguien que te ayude a cerrar las cosas a tiempo.

—¿Cómo se llama?

—Lucía Velasco. Y Ramón. —La comisaria ya se alejaba por el pasillo, sin volverse—. Ese caso, cerrado antes del lunes.

Arévalo esperó a oír cerrarse la puerta del despacho del fondo. Luego abrió la libreta otra vez, por la página de Gregorio Lastra, y debajo de todo lo que había escrito añadió una línea más, con letra pequeña, apretada: *Dado amarillo. ¿Suyo? Preguntar a la familia si jugaba.* Pensó un momento y añadió: *Y si no jugaba, ¿quién lo dejó ahí?*

Cerró la libreta, se la guardó en el bolsillo de la americana y bajó a la calle a por un café de máquina que le iba a sentar fatal a la úlcera. En el camino, pasó por delante del tablón de corcho de la entrada, donde alguien había colgado, entre los avisos sindicales y los turnos de vacaciones, un cartel de la Asociación de Vecinos de Lavapiés anunciando un campeonato de parchís en el centro cultural. Se quedó mirándolo más tiempo del necesario. Luego se rió de sí mismo, que era algo que hacía poco, y siguió andando.

5

CALLE DE LOS ROMEROS, VISTA ALEGRE — MARTES, 6 DE OCTUBRE,
9:50

La comisión judicial llegó diez minutos antes de la hora, como si tuviera prisa por terminar algo que no le gustaba hacer.

Eran tres: una funcionaria del juzgado con una carpeta de anillas, un hombre del banco con un traje que le quedaba grande y un cerrajero con una caja de herramientas y cara de llevar toda la semana haciendo lo mismo. Detrás, apoyados en el coche patrulla aparcado en doble fila, dos agentes de la Policía Municipal fingían mirar el móvil.

Tomás los vio llegar desde la ventana del salón, con la persiana a medio bajar. Llevaba despierto desde las cinco. Había hecho la cama, había fregado la taza del café y la había guardado en el armario, y luego la había vuelto a sacar porque se había dado cuenta de que no iba a volver a usar aquel armario nunca más. Tenía dos maletas junto a la puerta y, al lado de las maletas, cuatro cajas de cartón de las de mudanza llenas de libros. Había tardado tres días en elegir qué libros. Había dejado el doble de los que se llevaba.

Llamaron al timbre a las diez en punto. Tomás abrió antes de que llamaran por segunda vez.

—¿Don Tomás Ledesma Ruiz? —preguntó la funcionaria.

—Soy yo.

—Venimos a practicar la diligencia de lanzamiento acordada en el procedimiento...

Leyó el número del procedimiento, el nombre del juzgado, la fecha del auto. Tomás la escuchaba como se escucha la lectura de un testamento en el que uno no sale. La funcionaria tendría unos treinta años y leía rápido, sin mirarle a los ojos, y Tomás pensó que era el decimoquinto o el vigésimo desahucio que la mujer leía aquel mes y que a lo mejor, al principio, había intentado mirar a la gente a los ojos y había tenido que dejar de hacerlo para poder seguir yendo a trabajar. Le pareció comprensible. Casi le dio pena ella.

—¿Tiene usted dónde ir? —le preguntó al final, ya sin leer.

—Sí —dijo Tomás.

No era del todo verdad, pero tampoco era del todo mentira.

El hombre del banco entró a hacer el inventario. Abrió armarios, apuntó cosas en una tableta, se asomó a la terraza. Tomás le vio detenerse delante de la estantería del salón, la que ocupaba la pared entera, con los libros que no habían cabido en las cajas.

—¿Esto se lo va a llevar?

—No me cabe.

El hombre apuntó algo en la tableta. Tomás no quiso saber qué. Le habría gustado preguntarle si aquellos libros constaban en el inventario como «enseres sin valor» o como «mobiliario», y si alguien los iba a tirar a un contenedor o los iba a vender al peso, pero no preguntó. Había veinte años de su vida en aquella estantería, ordenados por la clasificación decimal universal con

pegatinas hechas a mano, y no había manera humana de explicarle eso a un hombre con un traje que le quedaba grande.

El cerrajero cambió la cerradura en once minutos. Tomás los contó.

Bajó las maletas y las cajas en tres viajes. La vecina del segundo, doña Concha, abrió la puerta cuando pasaba por el rellano y le dio un táper con croquetas envuelto en un paño de cocina, sin decir nada, y le dio un beso en la mejilla y volvió a cerrar. El portero, Julián, le ayudó con la última caja y le dijo que lo sentía mucho, que ojalá hubiera algo que pudiera hacer, y luego le dijo que en el tercero A también los iban a echar en noviembre, y en el quinto en diciembre, y que el edificio se lo había comprado entero un fondo de inversión que iba a hacer pisos turísticos. Que a él también lo iban a despedir cuando se fuera el último vecino. Que esto era una vergüenza y que nadie hacía nada.

—Alguien hará algo —dijo Tomás, por decir algo.

—¿Quién?

Tomás no tuvo respuesta.

En la acera, junto a las cajas, había un Renault 19 de color granate que no había pasado la ITV desde hacía dos años, con el maletero abierto y Anselmo apoyado en la puerta, fumando un cigarrillo que no debía fumar.

—Te dije que te venía a buscar —dijo.

—No hacía falta.

—Ya lo sé que no hacía falta. Por eso he venido.

Metieron las cosas en el maletero y en el asiento de atrás. Los libros pesaban tanto que el Renault se quedó con el morro levantado, como un perro que olfatea algo en el aire. Los dos

agentes municipales, todavía apoyados en el coche patrulla, les miraban sin decir nada. Uno de ellos, el más joven, le hizo a Tomás un gesto con la cabeza que podía significar cualquier cosa. Tomás eligió pensar que significaba «lo siento».

Anselmo vivía en un tercero sin ascensor de la calle Toboso, cuarenta y cinco metros cuadrados con olor a puro y a colonia de las de antes, y un cuarto pequeño que había sido de su mujer para coser y que ahora era un trastero con un sofá cama. Subieron las cajas entre los dos, parándose en cada rellano para que Anselmo recuperara el aliento, y al final, cuando todo estuvo arriba, Anselmo abrió el sofá cama, sacó unas sábanas que olían a armario y le dijo a Tomás que se quedara el tiempo que hiciera falta, que en aquella casa sobraba sitio y faltaba conversación.

—Te pagaré algo —dijo Tomás.

—Me pagarás jugando al mus conmigo todas las noches hasta que aprendas a no pasar con treinta y una.

Cenaron las croquetas de doña Concha delante de la televisión, sin hablar mucho. En las noticias, un ministro con cara de buena persona explicaba que la nueva ley de agilización de lanzamientos había reducido un cuarenta por ciento los tiempos judiciales, y que eso era una buena noticia para la seguridad jurídica y para la confianza de los inversores. Anselmo apagó la tele con el mando, sin decir nada.

A las tres de la madrugada, Tomás seguía despierto en el sofá cama, rodeado de cajas de libros, mirando el techo del cuarto de costura de una mujer muerta a la que no había conocido. Pensó en sus cuentas, que había hecho y rehecho mil veces. Novecientos doce euros. Una habitación en Madrid costaba quinientos, si tenía

suerte. La deuda con el banco no se iba con el piso: le quedaban todavía treinta y siete mil euros de diferencia que le iban a reclamar igualmente. Las cuentas no daban. No iban a dar nunca.

Alargó el brazo hacia el móvil, que estaba cargando en el suelo, junto a la caja de los libros de la letra M. La pantalla le iluminó la cara con una luz azul de pecera.

Abrió el buscador y escribió, despacio, como quien escribe algo vergonzoso en la pared de un baño público:

ganar dinero rápido

¿Quieres seguir leyendo?

Acabas de leer el comienzo de *LA OCA*, la primera novela de la serie «Juegos aparentemente inofensivos».

Tomás Ledesma ya ha aceptado los primeros encargos. Todavía no sabe para quién trabaja, ni qué pasa en el tablero cuando alguien cae en la casilla del pozo.

Consigue la novela completa en **Amazon** (ebook, tapa blanda y Kindle Unlimited).

Las cinco novelas de la serie, en **juegosaparentementeinofensivos.com**

Gracias por leer. — Jota González